Introducción

Rusia

Rusia es un país como todos los demás: extraordinariamente heterogéneo. Gigantesco y difícil de intercomunicar, poco poblado y, al tiempo, muy diverso en las gentes que lo habitan. Duro como pocos en su climatología y autocrático e imperial (no sólo) en los años que abarca este estudio. Burocrática y socialmente jerárquico, con el ejército siempre en el centro de unas políticas sempiternamente orientadas a mantener la frágil unidad del estado. Excesivo en su belleza, civilizado y salvaje, transparente y delicado a veces, inescrutable y violento otras muchas; brutal… demasiado a menudo. Con la mirada dividida, a este y oeste, como el águila bicéfala de su escudo, pero también al norte, al sur, y hacia sí misma. Orgullosa y acomplejada, la exuberancia de su historia cultural apabulla. Rusia, siempre al borde del precipicio, con su mala salud de hierro, produce un efecto inmediato sobre quienes se atreven a acercarse: engancha.

Lo que quiere contar este libro

El libro que el lector tiene en sus manos (o en su pantalla) quiere ser una breve crónica del nacimiento y el desarrollo del periodismo y la propaganda política en Rusia, entre los primeros años del siglo XVIII y la Revolución de Octubre de 1917. Comienza en los inicios del XVIII porque es en 1703 cuando

se publica *Viódomosti*, que pasa por ser el primer periódico de la historia rusa, y acaba en 1917 debido a que los bolcheviques pondrán en marcha un sistema mediático y de propaganda que hizo saltar por los aires (aunque también se pueden encontrar continuidades) el construido durante el imperio de los zares. Más allá de esto, el siglo XVIII inicia en Rusia con cambios fundamentales en todos los órdenes, que la convertirán en uno de los grandes imperios europeos y ese proyecto —el de los Románov— se desplomará en 1917.

El tema parece inabarcable, claro, pero también hay quienes tratan sobre la historia de la humanidad en pocas páginas, me dije, para convencerme de que el reto merecía ser aceptado. Mi impresión personal, por otra parte, era que llevaba media vida tomando notas para este libro, de forma que comencé a interrogar a esas notas. Lo cuento aquí porque creo que textos como éste se entienden mejor si conocemos las preguntas que acompañaron al autor cuando se puso a escribirlo. Aquí van algunas de ellas: ¿Cómo sabía de lo que ocurría en Rusia y el mundo un habitante «medio» del imperio de los Románov? ¿A través de qué canales le llegaba la información? ¿Cuáles eran las formas de distribución de las «noticias» en un imperio tan vasto? ¿Qué información se difundía a través de esos canales y por qué precisamente esa y no otra? ¿Qué imagen del mundo podía construirse el «habitante medio» del imperio partiendo de esa información? ¿Qué identidades se potenciaban con la misma? ¿Qué papel jugó el periodismo en la construcción de los imaginarios e identidades políticas en el imperio ruso?

Como pueden imaginar, las preguntas siguen abiertas, pero explican, al menos parcialmente, por qué cuento lo que cuento en este libro. Aclaran, quizás, por qué las páginas dedicadas al siglo XVIII subrayan el papel propagandístico de la comunicación oral y visual, difundida a través de medios como el cartel, el teatro, el rumor o la propia arquitectura, con más capacidad de influencia en aquellos años que la prensa. Mientras, los periódicos y la palabra escrita se irán abriendo paso, progresivamente y en formas literarias o periodísticas, durante la segunda parte del libro, dedicada al siglo XIX. Y es que lo literario y periodístico

van de la mano, viven juntos en la Rusia del periodo que aquí estudiamos, al menos hasta mediados del siglo XIX. Es cierto que, a veces, sin dejar de ser compañeros de piso, ocuparán habitaciones separadas. Dostoievski, por ejemplo, publicará casi toda su obra en publicaciones periódicas, por entregas. Era lo habitual. Entregas, eso sí, generosas, que podían tener más de cien páginas en revistas que se asemejaban, por su aspecto, a los libros de bolsillo de nuestros días. Pero Dostoievski fue también editor de revistas, articulista y un propagandista de primer orden. Su relación con la prensa, y la de otros reputados escritores como Pushkin, Chéjov o Tolstói, salpicarán estas páginas que se ocuparán, también, de presentar algunos debates que atraviesan la historia del periodismo y la propaganda de este periodo. Discusiones, por ejemplo, sobre los vínculos con Europa, la relación entre las élites y un pueblo campesino y siervo, la crueldad de esas relaciones, la desesperante y corrupta burocracia o las permanentes guerras. Y, en ese marco, se discutirá también sobre la censura, siempre presente y que acabará educando a los rusos a leer entre líneas. Nos interesa el debate en estos siglos sobre la naturaleza misma del periodismo, la libertad de expresión o sobre la relación entre la prensa, la propaganda y el poder político, del que a menudo formará parte. En suma, se trata de historiar el periodismo en su contexto cultural e ideológico, lo que nos llevará a interesarnos por la evolución de los sistemas de comunicación en el imperio, por la tecnología que los hizo posibles, como el telégrafo o el ferrocarril, así como por la distribución y recepción de la prensa, por sus puntos de venta y el precio de los periódicos.

Comunicación y cultura

Las razones de la opulencia cultural rusa en el periodo que aquí estudiamos se aprecian mejor cuando conocemos el proceso de su formación. La cultura, como la identidad, necesita de la comunicación. Si la cultura se basa en el intercambio de significados, dependerá de que los mensajes circulen eficaz-

mente y a través de todas las vías posibles. Especialmente en un estado del tamaño de Rusia, sólo a través de una insistente difusión de lo que se pretende promocionar como «común» se puede construir la identidad nacional. ¿Cómo, si no, convencer a dos personas separadas por miles de kilómetros y que nunca se conocerán, de que forman parte de la misma patria? Y no sólo eso; en algunos casos, incluso, esas mismas personas podrían llegar a considerar que merece la pena luchar o morir por ella, por la patria, como ha ocurrido tantas veces y en tantos lugares. De ahí que el estudio de las comunidades, no sólo estatales, nacionales, religiosas o de clase, pero también de éstas, implique el conocimiento, al menos, de las redes de comunicación, de las tecnologías que las hicieron posible, de los mensajes que por ellas circulaban y de los mecanismos de control y censura de estos mensajes.

El estudio del periodismo y de su historia

El periodismo, con cronologías y características diversas según el lugar del mundo del que estemos hablando, ha sido y es una de esas redes de comunicación por las que la información fluye mientras, al mismo tiempo, se construye identidad y cultura. Sin la comprensión de su papel, la mirada al pasado que pretenda entender la «historia contemporánea» estaría incompleta. Lo mismo ocurre con la propaganda política, a menudo orientada a modificar nuestras formas de ver el mundo y, más frecuentemente aún, a mantenerlas… para que nada cambie. El estudio del periodismo y la propaganda, desde una perspectiva histórica, nos introduce de lleno en la cotidianidad de la época analizada, nos muestra descarnadamente las agendas políticas, pero también la cartelera teatral, la moda del momento, la última regulación municipal o el precio que se pide, en un anuncio por palabras, por un caballo o un par de siervos que ya han dejado de ser útiles a su dueño. Pocos documentos, como un periódico, son capaces de llevarnos al pasado con tanta crudeza; pocos, también, despiertan tanto la curiosidad del lector

presente, interpelado a comprender los códigos cifrados que toda época pasada despliega cuando se la observa desde el aquí y ahora. El periodismo, con su contenido literario, ensayístico, informativo o propagandístico, con sus mentiras y exageraciones, con sus reivindicaciones y fidelidades, con sus virtudes y sus miserias, constituye una pieza fundamental para entender por qué las representaciones del mundo en cada época eran las que eran… y no otras. Nos ayuda, también, a intentar entender cómo pensaban las generaciones que nos precedieron, y por qué. Desde mediados del XIX en algunos países, y desde los años ochenta de esa misma centuria en Rusia, con la industrialización de la prensa y el aumento de la alfabetización, el estudio de los periódicos se hace indispensable para comprender los cambios políticos, económicos y sociales de una Europa que se dirigía, con paso firme, a la Primera Guerra Mundial.

El reto

Aunque todo texto es deudor de otras lecturas, conversaciones, documentos de todo tipo, vivencias… al final, también, y como el portero ante el penalti, estás sólo. En mi caso, sólo ante más de doscientos años de historia del periodismo y la propaganda en Rusia. Abruma, claro, pero la escasez de estudios en español sobre el tema aportó un sentido al esfuerzo de investigación y síntesis que han supuesto estas páginas. Cuando uno emprende, en solitario, el abordaje de un tema tan vasto, el número de decisiones que ha de tomar por el camino es de una envergadura similar al periodo y al propio tema. Cada una de esas decisiones deja fuera a personas, medios, momentos, etc., que merecerían su espacio. Asumo todas las limitaciones de un trabajo individual y ambicioso en lo que quiere abarcar; espero, no obstante, que también se puedan apreciar algunas de las oportunidades que ofrece la libertad de la mencionada soledad ante el penalti y el entusiasmo del autor por el asunto entre manos. Si además, con las páginas que siguen, puedo contribuir a que las historias del «periodismo internacional» que se escriben y cuentan, al me-

nos en España, sean algo más variopintas y menos centradas en la historia de un reducido puñado de países europeos y EEUU, pues me daré por más que satisfecho.

Las fuentes

Es fácil perder el norte mientras navegas en la bibliografía referida a un periodo de más de dos siglos. Además, a pesar de que este libro pone el acento en el periodismo y la propaganda política del imperio ruso, la mirada que he querido proponer trata de situar en su contexto cultural estas formas de comunicación. Este enfoque, que se mueve entre la historia de la comunicación, la historia cultural y la culturología, no es tan habitual en la literatura existente sobre el tema que abordan estas páginas.

Dicho esto, este trabajo es el resultado de la lectura de muchos otros que me han precedido, en su mayoría —pero no sólo— de autores rusos, así como de la consulta de la prensa del periodo estudiado que permiten hoy los numerosos archivos digitales. De gran ayuda han sido, también, las abundantes y bien anotadas ediciones —en su mayoría soviéticas— de obras completas de periodistas y literatos, así como de las memorias de muchos de ellos. Por citar sólo algunos de los nombres, el rastro de cuya influencia puede seguirse en este trabajo, apuntaré que la erudita mirada de Yuri Lotman a la historia cultural de Rusia me ha servido de guía, así como los ineludibles trabajos sobre historia del periodismo de Borís Yesin, Svetlana Majónina o Louise McReynolds. Muy presente ha estado también, en el proceso, la obra de historiadores como Vasili Kliuchevski u Orlando Figes, entre otros, pero también las memorias de periodistas como Vladímir Guiliarovski o Nikolái Grech han sido de inestimable ayuda a la hora de modelar las páginas que siguen.

Como he apuntado, entre la bibliografía rusa son muchas, y algunas excelentes, las compilaciones anotadas de las obras completas de escritores que incluyen sus colaboraciones con la prensa. De hecho, buena parte de la historia del periodismo ruso, especialmente del XVIII y las primeras décadas del XIX,

se ha contado desde los estudios literarios. Abundan también las historias académicas del periodismo, publicadas desde época soviética, que tratan su objeto de estudio subrayando esencialmente el componente ideológico de periodistas y periódicos, así como el papel propagandístico que la prensa jugó en el camino a la Revolución de Octubre de 1917. Muchos de estos trabajos ofrecen datos valiosos sobre la historia de la prensa (tiradas, volumen, precios, etc.), aunque no siempre sitúan a la misma en su contexto comunicativo, es decir, en el sistema de comunicación (y de comunicaciones) en el que esa prensa se insertaba. La descripción e interpretación de ese entorno sí es habitual en trabajos de corte semiótico y de historia de la cultura como los de Yuri Lotman, imprescindibles para imaginar el perfil de los lectores y los ambientes donde los mensajes de los periódicos y la propaganda eran recibidos. Por último, pero no por ello menos importante, son de imprescindible consulta los catálogos de publicaciones periódicas referidos a la época imperial, como el editado en los años cincuenta del pasado siglo por la Biblioteca Pública M.E. Saltykova-Shchedrina de Leningrado (Publíchnaia biblioteka im. M.E. Saltykova-Shchedrina, 1958), el clásico de Nikolái Lisovski (1915) o los dos tomos del catálogo de publicaciones prerrevolucionarias de la Biblioteca Estatal de Rusia (Bulgakova; Kolchina; Matiushkina, 2014).

Todas esas aproximaciones han influido en este trabajo, impregnado también por la propia mirada de quien escribe estas líneas. Personalmente, he trabajado en las últimas (casi) tres décadas sobre la historia de la propaganda y los medios de comunicación en el Imperio Ruso, la Unión Soviética y, en especial, la Federación Rusa, así como sobre el uso del pasado con fines propagandísticos que se ha filtrado, y se sigue filtrando, por los medios de comunicación rusos. Escribo estas líneas con la guerra en Ucrania de fondo y quiero creer que algo hay, en las páginas de este libro, que puede ayudarnos a entender ese horror presente que ha sido justificado, sin embargo —y una vez más—, con discursos que bien podrían haber salido de los periódicos decimonónicos más reaccionarios que se citan en las páginas de este trabajo.

Fechas y transliteración

Escribir sobre Rusia en general, y sobre su historia en particular, pasa por afrontar dos cuestiones que pueden ocasionar, a veces, algún dolor de cabeza y, siempre, más horas de trabajo. Una de ellas es el uso de dos calendarios. En efecto, hasta 1918, en Rusia se utilizaba el calendario juliano, en lugar del gregoriano que es el habitual en Europa occidental, de ahí que a veces nos sorprenda saber que la Revolución de Octubre fue, «realmente», en noviembre. También ese calendario juliano sufrió reformas durante el periodo que aquí estudiamos, de forma que, a grandes rasgos, durante el siglo XVIII la diferencia entre el calendario juliano y el gregoriano es de 11 días (hay que sumárselos a la fecha «juliana»), de 12 en el XIX y de 13 en el XX. Como norma general, las fechas en este libro se dan en el viejo calendario juliano, pero a veces también se indicará, entre paréntesis, el día correspondiente al calendario gregoriano.

La otra cuestión es la de la transliteración. En Rusia se usa el alfabeto cirílico, que puede ser transliterado al español de formas diversas, de ahí que a veces podamos preguntarnos si Fiódor Dostoievski, Fiodr Dostoievski o Fyodor Dostoyevsky son, o no, la misma persona. En este libro utilizaremos el método de transliteración que propone María Sánchez Puig (1991), en su artículo «Problemas de transcripción del ruso al castellano. Análisis y propuesta». Respetaremos, además, la tradición de traducir al español algunos nombres propios, como el de los zares, de forma que Ekaterina II será, en este libro, Catalina II. Vaya por delante mi agradecimiento a Joaquín Torquemada, traductor y amigo, por su inestimable ayuda, entre otras cosas, en la traducción de muchas de las citas que salpican este libro, así como en la transliteración al castellano.[1]

[1] Este trabajo ha sido apoyado por el proyecto Historia Crítica del Periodismo Andaluz (HICPAN), P18-RT-1552, Ayudas a la I+D+i del Plan Andaluz de Investigación (PAIDI 2020) de la Consejería de Economía y Conocimiento de la Junta de Andalucía (1-01-2020/31-12-2022).

Agradecimientos

Son muchas las personas que han colaborado a hacer este libro posible: algunas lo saben y otras no. Gracias a todas ellas. A mi familia, siempre: sin ellos… no hay manera. Hoy recuerdo, en especial, los cientos de conversaciones en la cocina de la familia Merkoulov-Kirichenko, que es también la mía.

Y, ahora sí: pasen y lean…